

Necesidades y riesgos de la paz

Por **Mauricio García Durán, S.J.***

El tema del conflicto y de la paz sigue marcando de manera importante la vida colombiana. No en vano las percepciones sobre el deterioro o no de la seguridad han incidido en gran medida en el debate político entre el presidente Santos y el expresidente Uribe. Los logros alcanzados por la presente administración al dar de baja a algunos de los líderes más importantes de las Farc (el “Mono Jojoy” y “Alfonso Cano”) y asestar golpes a frentes de esta guerrilla, no logran ocultar el incremento de sus acciones de guerra en el 2011 y el aumento en su responsabilidad en las infracciones al Derecho Internacional Humanitario (DIH), que vienen creciendo desde 2008. Esto indica que no es una guerrilla derrotada, y que “el fin del fin” no está tan cerca como lo anunciaron los mandos militares a finales del segundo mandato del presidente Uribe. Ahora bien, mucho más preocupante es el masivo incremento de las infracciones al DIH por parte de la nueva fase de grupos paramilitares (llamadas por el gobierno Bacrim) que superaron, según la información del Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política del CINEP/PPP, el triste récord de 800 infracciones en el 2011. El asesinato de reclamantes de tierras es solo una de las muestras de dicha barbarie. Esta es una de las herencias nefastas que nos dejó la administración Uribe al impulsar una política de desmovilización de los grupos paramilitares que no desmontó de raíz las estructuras subyacentes a los mismos y que se han vuelto a reproducir exponencialmente.

Con la administración Santos, los vientos de la paz han vuelto a ganar fuerza. Ha sido posible volver a hablar de conflicto armado y de una salida negociada del mismo; el país ha presenciado múltiples manifestaciones en este sentido. Son diversos los actores, tanto nacionales como internacionales, los que han llamado a “sacar la llave de la paz” que tiene guardada en su bolsillo el presidente Santos. Se habla de diferentes gestiones

confidenciales de acercamiento a las Farc y al Eln; y tanto el gobierno como la guerrilla han emitido varios comunicados que abren horizontes para la paz. Distintos sectores de la sociedad civil (Iglesia Católica, grupos de académicos, Colombianos/as por la Paz) han llamado a las partes a buscar una salida negociada; en ese sentido, se destacan cartas como la del pasado 20 de abril que las organizaciones del pueblo Nasa enviaron al comandante de las Farc “Timoleón Jiménez”. La liberación de los soldados y policías retenidos por las Farc por más de 10 años es otra muestra en esta dirección. Sin embargo, son múltiples los obstáculos y resistencias existentes en la sociedad colombiana, lo cual hace que aún estemos lejos de arrancar un proceso que nos lleve a una paz que ponga fin al conflicto que nos ha azotado en los últimos 50 años.

“Aunque con la administración de Santos los vientos de la paz han vuelto a ganar fuerza, son múltiples los obstáculos y resistencias en la sociedad colombiana que nos alejan de arrancar un proceso de paz”.

Una última muestra favorable a esta dinámica de paz fue el lanzamiento público de la Marcha Patriótica el pasado 23 de abril con una manifestación masiva que llenó la plaza de Bolívar. Se trató de una importante expresión de un campo social que busca tender puentes entre la sociedad y los intereses políticos de las Farc. Si una iniciativa política como esta impulsa a esta guerrilla a salir de la guerra y entrar sin ambigüedades en la acción política legal, sería una contribución para la paz. Habría que reconocer en ello un signo positivo en medio de la creciente degradación, paramilitarización y narcotización que ha vivido el conflicto colombiano. Ahora bien, hay un riesgo muy grande en ello, ya que

como sociedad podemos volver a caer en uno de los errores más crasos que cometimos en años pasados en este camino de la paz. La Marcha Patriótica tiene el peligro de repetir el duro destino de la Unión Patriótica. De un lado, existe el riesgo de que se quiera jugar, de una u otra manera, a la combinación de las formas de lucha por parte de un sector de la izquierda que ya lo ha hecho en el pasado. Pero por otra parte, está el temor de que se vuelva a cometer un genocidio como el que se hizo con la Unión Patriótica. La nueva fase del paramilitarismo, que viene victimizando a los reclamantes de tierras, tiene todas las posibilidades para volver a masacrar a esta nueva manifestación política, sin que sea clara la estrategia gubernamental para controlar efectivamente dicha barbarie.

Ojalá el país tenga la madurez suficiente para aprender del pasado y no repetir una de las equivocaciones que nos mantiene en esta guerra sin fin. Ojalá el gobierno tenga la inteligencia para abrir espacios de expresión política a los sectores de oposición y que éstos sean un aliciente para que una guerrilla como las Farc pueda dar el paso hacia la lucha política legal. Ojalá el gobierno implemente la política de seguridad que permita controlar la nueva amenaza de las estructuras paramilitares que se ciernen sobre múltiples grupos de la sociedad colombiana. Ojalá algunos sectores de la Marcha Patriótica entiendan que no caben ambigüedades en el ejercicio de la política. Ojalá las Farc hayan interiorizado que no cabe una apuesta política que reproduzca la combinación de las formas de lucha. Ojalá las organizaciones de la sociedad civil reclamemos, sin cansancio, tanto al gobierno como a la guerrilla que avancen hacia la paz que anhelamos todos los colombianos y las colombianas.■

***Mauricio García Durán, S.J.**
Ex Director General del CINEP/PPP